

# Un hecho del pasado

*Don Luigi Giussani, ¿Por qué la Iglesia?, Capítulo II, Introducción y 1*

Siguiendo mi preocupación metodológica constante, debo en este punto formular dos premisas que, en cuanto tales, tienen todavía una función de acercamiento al problema que vamos a tratar. Cada una de estas premisas responde a una pregunta fundamental.

La primera ha quedado ya expuesta en las reflexiones introductorias, aunque es necesario detallarla todavía más para encontrar su respuesta adecuada: "¿Cómo es posible, *hoy*, llegar a una valoración objetiva sobre Cristo que responda a la importancia de la adhesión que pretende?" Lo que equivale a decir: "¿Que método me da la posibilidad de ser razonable en mi adhesión a la propuesta cristiana?"

En la respuesta a esta pregunta la cultura se divide y se pone de manifiesto la actitud del hombre para con la realidad en su totalidad. Como dijo el anciano Simeón cuando recibió a María y a José al llevar el niño al templo: "Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para señal de contradicción (...) a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones" (Lc 2, 34-35). Ante él están destinados a salir a flote los movimientos más íntimos del alma, la urdimbre moral más profunda.

Tres son las actitudes de las que brotan tres respuestas distintas. Quisiera insistir de pasada en que cuando hablo de «tres actitudes culturales» en el contexto de nuestro razonamiento, no me refiero sin más al desarrollo de tres capítulos de la historia cultural de occidente, sino al descubrimiento de los pliegues ocultos que ha asumido la historia de la conciencia del hombre frente al problema que estamos tratando, lo que en definitiva significa también indicar tres modalidades, que pueden ser las nuestras, no tanto y no solo de abordar la Sagrada Escritura sino también de afrontar las circunstancias más variadas de nuestra vida, ¡desde un encuentro deseado a la admiración de un cielo estrellado!

En realidad, la actitud cultural, en su valencia radical de visión de uno mismo y del mundo, afecta a la forma de relacionarse con todo. Y cada error en este ámbito es la fórmula de alguna tentación que tenemos todos.

## 1. Un hecho del pasado

La primera actitud de las tres aludidas puede sintetizarse así: Jesucristo es un hecho del pasado, igual que lo fueron Napoleón y Julio César. Según esto, ¿cómo puede un hombre razonable acercarse a la existencia de Napoleón o Julio César de modo que le permita tener un juicio sobre ellos? Para encontrar solución la razón del hombre se siente impelida, en primer lugar, a recoger todos los datos posibles que provengan del pasado, los documentos, las "fuentes". Luego, para clasificar y valorar

dichas fuentes, tendrá presente también, si no ante todo, el desarrollo del hecho que está examinando, es decir, lo que haya quedado de él en la historia, puesto que también ese elemento forma parte del conjunto de documentación que servirá para formular el juicio. Se recoge todo, se compara y valora, y se llega finalmente a un cierto juicio que será cierto sobre algunos factores e incierto sobre otros.

Este es el método normal de la razón aplicada a un hecho del pasado; el método de la "razón histórica". Es un planteamiento al que, a primera vista, no hay nada que objetar. Yo mismo recuerdo que mi primer año de estudio de la teología estuvo basado en este tipo de planteamientos.

Pasemos a constatar los efectos que produce este planteamiento cuando se aplica al hecho de Cristo.

Los resultados de este método en orden a conseguir mayor seguridad acerca de si se debe o no atender a la pretensión de Cristo suscitan un primer nivel de perplejidad. El dato real que aflora al inventariar los estudios llevados a cabo es que nos encontramos ante cientos de interpretaciones distintas. El antiguo proverbio latino "tot capita, tot sententiae" (tantas posturas como cabezas) parece cumplirse aquí.

Un joven y gran teólogo alemán de principios de siglo intentó hacer un balance de toda la literatura científica aparecida durante dos siglos y medio concerniente a la figura de Cristo y en 1906 publicó un libro que estaba destinado a ser famoso con el título *Historia de la investigación sobre la vida de Jesús*. Tenía 20 años cuando lo leí por primera vez y recuerdo todavía la sensación dramática que me invadió cuando, una vez acabado el análisis de los distintos autores, llegué al epílogo de este gran estudio. El autor venía a distinguir finalmente dos tendencias.

Para una parte de los autores estudiados, las fuentes existentes no son suficientes para darnos una imagen cierta de la figura de Jesús. Por eso, Cristo permanecería para nosotros siendo un gran *desconocido*.

Esta conclusión lleva necesariamente a pensar en Pablo cuando, en el Areópago de Atenas, alabó a los atenienses porque honraban a sus dioses —con la intención de alabar el sentido religioso que se manifestaba en su politeísmo y demostrando así una amplitud de miras que hoy todavía falta a quienes no están en paz con su cristianismo—; pero, tras esa alabanza, añadió: «Al pasar y contemplar vuestros monumentos sagrados, he encontrado también un altar en el que estaba grabada esta inscripción: Al Dios desconocido. Pues bien, lo que adoráis sin conocer, eso os vengo yo a anunciar» (Hch 17, 23). Así se presentó san Pablo al pueblo ateniense para revelar como se había dado a conocer ese dios desconocido: ¡después de siglos de estudio, ese Dios habría vuelto a ser *terra incognita*!

La otra tendencia que aparecía tras el importante estudio del joven teólogo alemán es la tendencia apocalíptica o escatológica. Es decir: Jesús habría sido uno de los muchos que esperaban en aquella época como algo inminente el fin del mundo, y en este sentido habría concebido el significado mismo de su existencia. Por eso la figura de Cristo nos resultaría a los hombres de hoy tan *rara* y extraña.

En conclusión, este gran teólogo —que era también un magnífico músico—, ya que su razón no podía llevarle más que al «extravío» en relación con la figura histórica de Jesús y puesto que sentía la vitalidad del Jesús que le había sido anunciado, abandonó la teología y se marchó a África a tratar de seguir a Jesús curando como

médico a los enfermos. Se llamaba Albert Schweitzer<sup>1</sup> y fundó un hospital en Lamberéné donde acabó su vida dedicándose a los necesitados. Como buen protestante superó la frágil incapacidad de la razón teórica con la razón del corazón. Su diagnóstico juvenil sigue siendo en todo caso muy agudo, ya que todos los trabajos exegéticos posteriores, desarrollados incluso con métodos más sagaces y ayudados por los nuevos descubrimientos, han seguido llegando de una u otra manera a alguna de las dos tendencias que él señaló. Fue, por tanto, genial, pues puso de relieve la frontera inevitable o la imposibilidad de alcanzar una solución que provocaría la aplicación de este método<sup>2</sup>.

A esta primera actitud la denominamos *actitud racionalista*.

Quiero recordar que el racionalismo como postura mental nace de ese concepto según el cual la razón es la medida de todas las cosas. Si la razón es la medida de las cosas, entonces la consistencia de las cosas es la que les otorga la razón. Semejante actitud implica, pues, la proyección sobre lo real de las dimensiones previamente fijadas y reconocidas por la razón. Por definición apriorística, todo lo que pretende superar esas medidas *no existe*.

Esta postura contradice sobre todo la ley suprema del realismo, por la que es el objeto el que impone el método de conocimiento<sup>3</sup>, cosa que sólo es posible si se admite una concepción de la razón como conciencia de lo real en todos sus factores.

Así, si la razón es esa conciencia de lo real, existe la posibilidad de que aparezca algo nuevo, es decir, de que descubramos la existencia de algo que no esté todavía contenido en nuestras medidas. El racionalismo es la abolición de la categoría de posibilidad: si sólo fuera posible lo que es mensurable, es decir, dominable por las medidas que ya poseemos, se vería en realidad negada la categoría de lo posible, la eventual existencia de algo cuya naturaleza rebase los horizontes limitados a los que llega el hombre, por mucho que se puedan ensanchar.

Al emplear el método de abordar el hecho de Jesús como un mero hecho del pasado, nos encontraremos con que de hecho no podemos decir nada seguro sobre ese anuncio tan extraordinario.

Pero, desde un punto de vista ético-moral, estamos obligados a preguntarnos: si este anuncio es tan importante para el hombre, ¿cómo puede ser razonable, o sea, adecuado a la gravedad del problema, quedarse con la razón extraviada? Esto nos lleva a entender el verdadero motivo de la actitud de que estamos tratando.

---

<sup>1</sup> A. Schweitzer, *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*, J. C. B. Mohr, Tubinga 1906. En el presente libro se cita por la edición italiana *Storia della ricerca sulla vita di Gesù*, Paideia Editrice, Brescia 1986

<sup>2</sup> A propósito de esto, en la "Conclusión" de su obra, ya observaba Schweitzer: "En la investigación sobre la vida de Jesús ha ocurrido algo sorprendente. Esa investigación arrancó con el propósito de encontrar al Jesús histórico, considerando que luego podría reinsertarlo en nuestro tiempo tal cual como Maestro y Redentor. Desató los lazos con los que desde hacía siglos estaba atado a la roca de la doctrina eclesiástica, alegrándose de ver devuelta vida y movimiento a su figura y de recuperar al hombre histórico Jesús. Pero Jesús no se quedó quieto, pasó por encima de nuestro tiempo, lo ignoró y volvió al suyo. Lo que sorprendió y asustó a la teología de los últimos decenios fue precisamente darse cuenta de que todas sus técnicas interpretativas y todas sus manipulaciones no eran capaces de retenerlo en nuestro tiempo, sino que debían dejarlo volver al suyo. Y Él retornó a su tiempo por la misma ley que obliga al péndulo liberado a moverse para volver a ocupar su posición original" (A. Schweitzer, *Storia della ricerca sulla vita di Gesù*, op. Cit. 744-745)

<sup>3</sup> L. Giussani, *El sentido...*, op. cit. pp. 13-23.

En realidad la actitud racionalista *reduce el contenido del mensaje cristiano antes de haberlo tomado en consideración*. El mensaje cristiano es, con la palabra del evangelio que utilizamos en la liturgia de Navidad: "Emmanuel", es decir, "Dios con nosotros". El anuncio cristiano es que Dios se ha hecho una presencia humana, carnal, dentro de la historia.

Desde hace 2000 años la historia de la humanidad trae hasta nosotros las voces de hombres, mujeres y niños —sin distinción de sexo, edad, posición social o formación cultural— que afirman como el ángel del relato de Lucas en la mañana de la resurrección: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?» (Lc 25, 5).

Algunas de estas voces, como las de los primeros mártires, nos llegan desde tiempos lejanos. Otras nos son más cercanas y contemporáneas, porque, como dice el gran convertido John Henry Newman: "El cristianismo es una realidad viviente que no envejecerá nunca. Hay quienes hablan de él como si fuese un hecho de la historia que sólo de manera indirecta tiene peso en la vida actual(...) Ciertamente tiene sus raíces en un pasado glorioso, pero su fuerza es una fuerza presente"<sup>4</sup>. Una observación análoga hace Karl Adam: "El cristianismo, como lo demuestra su historia, es vida que brotando con ímpetu de la persona de Jesús(...) no se ciñó al círculo estrecho de los discípulos, antes bien con increíble rapidez se difundió por el mundo antiguo, engendrando nuevas civilizaciones, nuevos pueblos y nuevos hombres; y aún hoy como el primer día sigue dando muestras de su inagotable fecundidad"<sup>5</sup>.

Abordar este anuncio desde lo que hemos llamado actitud racionalista equivale a vaciar de contenido el mensaje cristiano pues, equivale a decir: para saber si en verdad Jesucristo es Dios presente entre nosotros, el método es reconducirlo a una lejanía similar a la que tenía como ser divino antes de que se hiciese hombre, reconducirlo a una ausencia fuera del presente. Se suprimen los términos del problema.

El anuncio cristiano nos dice que Dios se ha hecho presente en la historia: "Dios con nosotros". Para saber si esto es verdad, la actitud racionalista replantea la cuestión en los términos anteriores al anuncio mismo, reformula el problema tal como lo había formulado el esfuerzo religioso del hombre en su intento de trazar un puente entre la contingencia humana y el misterio<sup>6</sup>. ¡Si Cristo está a 2000 años de distancia, tratemos con todos los medios de la investigación científica de superar esa lejanía! Así, mientras el anuncio cristiano dice: "Dios se ha hecho presencia", la actitud racionalista trabaja sobre la hipótesis de su ausencia.

De la actitud racionalista, tal como la hemos descrito, podemos participar cualquiera de nosotros. Pues tiende a dirigir la mente fácilmente hacia un tipo de concepción que en todo caso nos es familiar. El que Dios se haga presencia humana es para nosotros un misterio. Y así, frente al anuncio cristiano, tenemos siempre la tentación de reducir a Dios, siempre presente, a las imágenes que tenemos de presencia y de ausencia. Los hombres han hecho siempre intentos de concebir su relación con Dios y así han surgido las distintas religiones. ¿Cuál es la novedad de la revelación cristiana? Que Dios no es una lejanía a la que el hombre con su esfuerzo tenga que tratar de

---

<sup>4</sup> J. H. Newman, *Grammatica dell' assenso, Jaca Book-Morcelliana, Milán-Brescia 1980*, p. 302 (trad. cast.: Herder, Barcelona 1960).

<sup>5</sup> Karl Adam, *La esencia del catolicismo*, p. 76, Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1955.

<sup>6</sup> L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit. pp. 40 ss.

llegar, sino Alguien que se ha acercado en su camino al hombre y se ha hecho compañero suyo. Para juzgar si esta hipótesis es verdadera, el método racionalista la elimina, puesto que vacía su contenido específico, es decir, la naturaleza de esa presencia. Al reconducir el acontecimiento de Cristo a la lejanía y utilizar el método de considerarlo como un hecho histórico sobre el que comprobar la veracidad de su pretensión, se impide tomar en consideración en qué consiste la esencia de esa pretensión: Dios como presencia humana en el camino del hombre.

Hay que advertir con claridad que la postura racionalista intenta en verdad considerar a Cristo como hecho histórico, pero llama histórico a lo que ella misma entiende como histórico. Dado que la actitud racionalista considera a la razón, según hemos dicho ya, como única medida de lo real, tiene que sufrir las consecuencias de este planteamiento también en lo relativo a los hechos históricos: excluye la posibilidad de que exista un hecho histórico que no tenga las características que previamente ha determinado. Aquí se ve también cómo la actitud racionalista es en realidad contraria a la novedad, a la categoría de posibilidad. Si el hecho anunciado o descrito es un milagro, por eso mismo, la postura mental que estamos estudiando no lo considera un hecho histórico. Pero ¿es que acaso no puede ocurrir un hecho distinto de lo que nos podemos imaginar? Hay una página estupenda de la Biblia en la que Dios pone al hombre ante su desproporción radical con el potencial de posibilidad que está en el origen de las cosas, de su misma realidad y su existencia. Está en el libro de Job.

“¿Dónde estabas tú cuando fundaba yo la tierra?

Indícalo si sabes la verdad.

(...)

¿Haces salir a su tiempo al Lucero del alba?

¿conduces a la Osa con sus crías?

¿Conoces las leyes de los Cielos?

¿aplicas en la tierra su fuero?

¿Levantas tu voz hasta las nubes?

La masa de las aguas ¿te obedece?

(...)

¿Sabes cómo hacen sus crías las rebecas?

¿has observado el parto de las ciervas?

¿has contado los meses de su gestación?

¿sabes la época de su alumbramiento?

(...)

¿Acaso por tu acuerdo el halcón emprende el vuelo,  
despliega sus alas hacia el sur?

¿Por orden tuya se remonta el águila  
y coloca su nido en las alturas?”

(Jb 38, 4. 32-34; 39, 1-2. 26-27)

Y Job, vencido por la extensísima, casi extenuante, descripción de la potencia, de la fantasía, del cuidado amoroso hasta el detalle de Dios por sus criaturas, responderá: «Sé que eres todopoderoso: ningún proyecto te es irrealizable» (Jb 42, 2).

Lo real no es lo que a priori definimos que debe ser real. Y si lo que tenemos que evaluar es el contenido del anuncio cristiano, lo lógico es que sea en ello en lo que nos fijemos y no en lo que pensamos de antemano que es. Luego, se podrá incluso juzgar como no veraz, pero hay que tomarlo de entrada en consideración por lo que dice ser: Dios hecho presencia, compañía para los hombres, a los que no abandonará nunca.

Y esta afirmación es precisamente lo único que resulta interesante verificar. Es Dios, está con nosotros, está vivo: éste es el contenido del anuncio que concierne a Jesucristo; cualquier otra cosa estaría en grave contradicción con el método elegido por Dios para manifestarse al hombre. Se trata de liberarse de la idea de que un esfuerzo de identificación con el pasado o su actualización mística constituyan el camino privilegiado: un esfuerzo interpretativo de la razón o del sentimiento que en realidad Dios no puede haber exigido como camino normal para llegar a Él, ese Dios cuya pedagogía se ha mostrado tan rica en compasión hacia el hombre.